

# GANAR ALMAS

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

# Ganar almas

## Contenido

Introducción .....3

I. La metáfora utilizada .....9

II. Diciéndoles algunas maneras .....16

Un sermón, versión completa e inédita. Presentado en el año 1869, en el Metropolitan Tabernacle, Newington. Tomado de: *Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Tomo 15 No. 850.

© Copyright 2001 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

**CHAPEL LIBRARY**  
**2603 West Wright Street**  
**Pensacola, Florida 32505 USA**

*chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: [www.chapellibrary.org](http://www.chapellibrary.org).

# Ganar almas

## Introducción

El versículo no dice: “El que gana reyes es sabio”, aunque sin duda *él* se cree sabio y, quizá en cierto sentido servil en estos días de competencia, lo sea; pero tal sabiduría es de la tierra, y termina con la tierra; y existe otro mundo donde las monedas de Europa no serán aceptadas, ni el haberlas poseído será señal de riqueza o sabiduría. Salomón, en el versículo que tenemos delante, no otorga ninguna corona a la sabiduría de los estadistas astutos, ni siquiera al más capaz de los gobernantes; no da diplomas a filósofos, a poetas, ni a hombres ingeniosos; corona con laureles sólo a los que ganan almas. No declara que el que predica sea necesariamente sabio – y, ¡ay! hay multitudes que predicán y se ganan mucho aplauso y eminencia, que no ganan a ningún alma y que la pasarán mal al final porque es muy probable que han ido y el Maestro nunca los ha enviado. No dice que el que habla de ganar almas es sabio, ya que establecer reglas para otros es sencillo, pero es mucho más difícil que uno mismo las ponga en práctica. Aquel que de veras, realmente y de hecho logra que los hombres dejen sus malos caminos y se vuelvan a Dios, de modo que sean salvos de ir al infierno, es un hombre sabio; y esto se aplica a quien sea, sin importar el estilo que usa para ganar almas. Puede ser un Pablo, muy lógico, profundo en su doctrina, capaz de emitir juicios cándidos y, si gana almas de esta manera es sabio. Puede ser un Apolos, grandioso en su oratoria, cuya genialidad se remonta a los propios cielos de la elocuencia y, si gana almas de esta manera, es sabio, pero no si no las gana. O puede

ser un Cefas, rudo y tosco, usando la metáfora burda y la declamación áspera pero, si gana almas no es menos sabio que su hermano pulido o su amigo argumentativo, pero no si no las gana. La gran sabiduría del ganador de almas, según el versículo, se prueba únicamente por el éxito mismo en realmente ganar almas. Es ante su propio Maestro que rinde cuentas sobre su modo de realizar su trabajo, no ante nosotros. No andemos comparando y contrastando a éste y a aquel pastor. ¿Quién es usted para juzgar a los siervos de otro hombre? La sabiduría se justifica en todos sus hijos. Sólo los niños riñen por métodos inconsecuentes: los hombres se fijan en los resultados sublimes. Esos obreros de muchos tipos y estilos, ¿ganan almas? Entonces son sabios y ustedes que los critican, siendo ustedes mismos estériles, no pueden ser sabios, aunque pretenden ser jueces. Dios proclama que el ganador de almas es sabio, dispútelo el que se atreva. Este título de la Universidad del Cielo le será muy provechoso, dejen que sus semejantes digan de él lo que quieran.

“El que gana almas es sabio,” y esto es fácil de ver. Tiene que ser sabio aun en aspectos ordinarios el que puede, por gracia, lograr semejante maravilla. Los grandes ganadores de almas nunca han sido necios. El hombre a quien Dios capacita para ganar almas probablemente podría hacer cualquier otra cosa que la providencia le asignara. ¡Consideren a Martín Lutero! Pues, señores, este hombre no sólo fue apto para lograr una Reforma, sino que podría haber gobernado una nación o estado al frente de un ejército. Piensen en Whitfield, y recuerden esa estrepitosa elocuencia que conmovió a toda Inglaterra, no era pusilánime, ni carecía de poder cerebral; el hombre era un orador eximio, y si se hubiera dedicado al comercio habría ocupado el lugar principal entre los hombres de negocios o si hu-

biera sido un político habría, en medio de admirados senadores, acaparado su atención. El que gana almas es por lo general un hombre que hubiera podido hacer cualquier otra cosa si Dios lo hubiera llamado a hacerlo. Sé que el Señor utiliza los medios que él determina, pero siempre usa los medios adecuados para lograr el fin que desea; y si me dicen ustedes que David mató a Goliat con la honda, yo contesto: Era la mejor arma en el mundo para alcanzar a un gigante tan alto, y la más adecuada que David hubiera podido usar porque desde pequeño había desarrollado su destreza en usarla. Dios siempre adapta los instrumentos que usa para producir el resultado que ordenó y, aunque la gloria nos es para ellos, ni para ellos la excelencia, sino que todo debe adjudicarse a Dios; no obstante, tienen una capacidad y preparación que Dios ve, aunque no las veamos nosotros. Es más que cierto que los ganadores de almas no son de ninguna manera idiotas o simplones, sino que Dios los hace sabios para él, aunque el sabihondo vanaglorioso pueda llamarlos tontos.

“El que gana almas es sabio,” porque ha seleccionado un objetivo sabio. Creo que fue Miguel Ángel quien cierta vez esculpió unas magníficas estatuas de nieve. Han desaparecido; el material tan fácilmente compactado por el frío, con la misma facilidad se derritió en el calor. Mucho más sabio fue cuando le dio forma al mármol perdurable, y produjo obras que permanecerán a través del tiempo. Pero aun el mármol mismo es consumido y erosionado por el tiempo; y sabio es el que selecciona como materia prima a las almas inmortales, cuya existencia sobrepasa a la de las estrellas. Si Dios nos bendice con ganar almas, nuestra obra permanecerá cuando la madera, el heno y los escombros del arte y la ciencia de la tierra hayan vuelto al polvo del cual surgieron. En el cielo mismo, el ganador de almas, bendecido

por Dios, tendrá memoriales de su obra preservados para siempre en las galerías de los cielos. Ha escogido un objetivo sabio, porque, ¿qué puede ser más sabio que glorificar a Dios y qué, en segundo lugar, puede ser más sabio en el más elevado sentido de la palabra que bendecir a nuestro prójimo, arrebatarse su alma del abismo que la envuelve, elevarla al cielo que glorifica; librar a un inmortal de la esclavitud de Satanás, y llevarlo a la libertad de Cristo? ¿Qué puede haber más excelente que esto? Digo que, tal meta es recomendable para todo creyente y que los ángeles mismos quizá nos envidien a nosotros, pobres hijos del hombre, porque se nos permite hacer de esto el objeto de nuestra vida: ganar almas para Jesucristo. La sabiduría misma atestigua la excelencia de este designio.

Para cumplir un trabajo tal, el hombre tiene que ser sabio, porque ganar un alma requiere sabiduría infinita. Dios mismo no gana almas sin sabiduría, porque su plan eterno de salvación fue dictado por un juicio infalible, y en cada una de sus líneas se advierte una pericia infinita. Cristo, el gran ganador de almas, es “la sabiduría de Dios,” al igual que “el poder de Dios.” Se nota tanta sabiduría en la nueva creación como en la antigua. En la salvación de un pecador, hay tanto para admirar acerca de Dios como en el universo que surge de la nada; y entonces, nosotros que hemos de ser obreros juntamente con Dios, marchando lado a lado con él hacia la gran obra de ganar almas, hemos de ser sabios también. Es una obra que llenó el corazón de un Salvador – una obra que conmovió la mente del Eterno más que ninguna otra cosa en este mundo. No es juego de niños, ni algo para lograr cuando estamos medio dormidos, ni para intentar sin profunda consideración, ni para realizar si la ayuda de la gracia del único sabio Dios, nuestro Salvador. La actividad es sabia.

Tengan muy en cuenta, mis hermanos, que los que tienen éxito en ganar almas, dan pruebas de ser hombres sabios en la opinión de los que ven tanto el final como el principio. Aunque fuera yo puramente egoísta, y no tuviera otro interés que el de mi propia felicidad, escogería, si pudiera, bajo Dios, ser un ganador de almas, pues jamás había conocido la felicidad perfecta, desbordante, inefable y más pura y noble, hasta que por primera vez oí de alguien que había buscado y encontrado a un Salvador por mi intermedio. ¡Recuerdo la gran emoción del gozo que me invadió! Ninguna madre joven jamás se ha regocijado tanto con su primogénito – Ningún guerrero ha sentido tanto júbilo por una victoria duramente obtenida. ¡Oh! El gozo de saber que un pecador, antes enemistado, se ha reconciliado con Dios, por el Espíritu Santo, por medio de las palabras pronunciadas por nuestros pobres labios. Desde entonces, por la gracia que me ha sido dada, el sólo pensarlo me hace postrar en humillación, he visto y sabido de no cientos, sino hasta miles de pecadores que han dejado el error de sus caminos por el testimonio de Dios en mí. Vengan las aflicciones, multiplíquense las pruebas según lo quiera Dios; aun así, este gozo sobrepasa a todo lo demás, el gozo de que somos para Dios un dulce aroma de Cristo en todo lugar y de que toda vez que predicamos la Palabra, los corazones se abren, palpitan con nueva vida, los ojos lloran por los pecados y sus lágrimas son enjugadas al ver al gran Sustituto del pecado, y viven. Aparte de toda controversia, ganar almas es un gozo que vale mundos y, a Dios gracias, es un gozo que no cesa con esta vida mortal. Qué dicha ha de ser escuchar, al desplegar las alas y volar hacia el trono eterno, el batir de las alas de otros a su lado yendo a la misma gloria y, al volverse a ellos y preguntarles qué hacen, escucharles decir: “Estamos entrando contigo por las puertas de perlas; tú nos llevaste



al Salvador.” Ser recibido en los cielos por los que nos llaman padre en Dios – padre en lazos mejores que los de la tierra, padre por medio de la gracia y la paternidad para la inmortalidad. Será una dicha incomparable encontrarnos en los asientos eternos con los que dimos a luz en Cristo Jesús, por cuyo nacimiento luchamos hasta que Cristo se formó en ellos como la esperanza de gloria. Esto es tener muchos cielos – un cielo en cada uno ganado para Cristo, según la promesa del Maestro: “los que enseñan la justicia a la multitud [resplandecerán], como las estrellas a perpetua eternidad.”

Espero haber dicho bastante, hermanos, como para lograr que algunos de ustedes deseen ocupar la posición de ganadores de almas: pero antes de volver a remitirme a mi texto, me gustaría recordarles que el honor no les corresponde a los pastores solamente; ellos se merecen buena parte, pero les corresponde a cada uno de ustedes que se ha dedicado a Cristo: tal honor es para todos los santos. Cada hombre aquí presente, cada mujer presente, cada niño presente, cuyo corazón es de Dios, puede ser un ganador de almas. No existe hombre que haya sido colocado por la providencia de Dios en un lugar donde no puede hacer algún bien. No hay luciérnaga bajo un seto que no dé una luz necesitada; y no hay un hombre trabajador, una mujer que sufre, una sirvienta, un deshollinador, un barrendero que no tenga oportunidades para servir a Dios; y lo que he dicho sobre los ganadores de almas no es para el erudito doctor de teología ni para el elocuente predicador únicamente, sino para todos los que están en Cristo Jesús. Cada uno de ustedes puede, si la gracia le capacita, ser sabio de esta manera, y ganarse la felicidad de acercar a las almas a Cristo por medio del Espíritu Santo.

Al comentar ahora sobre mi texto – “El que gana almas es sabio”; quiero, en primer lugar, *recalc*

*poco más esa realidad explicando la metáfora utilizada en el texto – ganar almas; y luego, en segundo lugar, darles algunas lecciones sobre el tema de ganar almas, por medio de las cuales confío que la convicción impacte cada mente creyente de que la obra necesita de la más alta sabiduría.*

## **I. La metáfora utilizada**

Consideremos la metáfora utilizada en el texto: “El que gana almas es sabio.” Usamos la palabra “ganar” de muchas maneras. A veces se la encuentra en muy mala compañía, en esos juegos de azar, trucos de malabarismo y prestidigitación que a los tramposos tanto les gusta ganar. Lamento tener que admitir que uno encuentra muchos de estos juegos de manos y trucos en el mundo religioso. Así es, hay los que pretenden ganar almas con curiosos trucos, complicadas maniobras y hábiles presentaciones. Un recipiente de agua, media docena de gotas, ciertas sílabas – y, ¡presto! – el infante es un hijo de gracia y pasa a ser un miembro de Cristo y un heredero del reino de Dios. Esta acuosa regeneración está fuera de lo que puedo creer; es un truco que no comprendo; únicamente los iniciados pueden realizar esta hermosa demostración de magia, que excede a todo lo que haya intentado el Mago del Norte.

Hay también una manera de ganar almas por medio de la imposición de manos sobre la cabeza, sólo que los codos de esas manos tienen que estar envueltos en lino, y entonces la máquina actúa y la gracia es conferida por dedos bendecidos! Tengo que confesar que no entiendo la ciencia oculta, pero eso no debe sorprenderme, porque la profesión de salvar almas con semejante truco es exclusividad de ciertas personas favorecidas que han recibido una sucesión apostólica directamente de Judas Iscariote. Esta confirmación episcopal, que los hombres

pretenden confiere gracia, es un truco infame. Toda la cosa es una abominación. ¡Pensar que en este siglo diecinueve puede haber hombre que predicen la salvación por medio de sacramentos, y una salvación otorgada por ellos! Pues, señores, ¡es demasiado tarde en el día para venirmos con estas tonterías! Las artimañas sacerdotales, esperemos, son un anacronismo, y la teoría sacramental, obsoleta. Estas cosas quizá sirvieron para los que no podían leer, y durante la época cuando los libros escaseaban, pero desde el día cuando el glorioso Lutero fue ayudado por Dios a proclamar con estruendos la verdad emancipadora: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios,” ha habido demasiada luz para estas lechuzas papistas. Déjenlos volver a sus torres cubiertas de hiedra y quejarse a la luna por los que en el pasado arruinaron su reino de tinieblas. Dejen que las coronillas afeitadas se vayan al loquero, y los sombreros escarlatas a la ramera escarlata, pero que ningún inglés les rinda pleitesía.

El tractarianismo moderno es un papismo bastardo, demasiado malo, demasiado engañoso, demasiado maniobrero, como para engañar a hombres de mentalidad honesta. Si hemos de ganar almas ha de ser por otras artes que las que los jesuitas y otros sacerdotes rasurados nos puedan enseñar. No confíen en nadie que tenga pretensiones al sacerdocio. Los sacerdotes son mentirosos de oficio y engañadores de profesión. No podemos ganar almas con sus modos teatrales, y de hecho no queremos, porque sabemos que con semejantes trucos como esos, Satanás tomará la mejor mano y se reirá de los sacerdotes al repartirles al final cartas perdedoras.

Entonces, ¿cómo ganamos almas? Pues bien, la palabra “ganar” tiene un significado muy superior. Se utiliza en la *guerra*. Los guerreros ganan ciudades y provincias. Ahora buen, ganar un alma es mucho más

difícil que ganar una ciudad. Observemos al dedicado ganador de almas haciendo su obra; con cuánta cautela busca la dirección del Capitán para saber cuándo enarbolarse la bandera blanca para invitar al corazón a entregarse al tierno amor de un moribundo Salvador; cuándo, en el momento adecuado enarbolarse la bandera negra amenazadora, mostrando que si la gracia no es recibida, es cosa segura que luego vendrá el juicio; y cuándo enarbolarse, con pavoroso pesar, la bandera roja de los terrores de Dios contra las almas testarudas, impenitentes. El ganador de almas tiene que sentarse ante un alma como un gran capitán ante una ciudad amurallada para trazar sus líneas de circunvalación, para levantar sus trincheras y determinar su artillería. No debe avanzar con demasiada rapidez — porque puede sobrepasarse en la lucha; no debe avanzar con demasiada lentitud porque puede aparentar no ser sincero y el resultado sería para mal. Luego, tienen que saber qué puerta atacar — cómo colocar sus armas en la puerta del oído, y cómo descargarlas; cómo, a veces usar la artillería día y noche, con tiros certeros, para quizá abrir una brecha en las murallas; otras veces, estar quieto y luego, de pronto, atacar con toda la artillería con una violencia terrible, por si acaso pueda tomar al alma por sorpresa o hacerle ver una verdad cuando no la esperaba, explotar como un proyectil en el alma y dañar los dominios del pecado. El soldado cristiano tiene que saber cómo avanzar poco a poco — para quitar ese prejuicio, para debilitar esa vieja enemistad, para tirar al viento esa lascivia y, por fin, atacar el baluarte. A él le toca lanzar la escalera trepadora y escuchar con gozo el clic en la muralla del corazón que le indica que la escalera se ha enganchado con firmeza; y luego, con su sable entre los dientes, trepa y ataca al hombre y mata su incredulidad en el nombre de Dios, y toma la ciudad, enarbola la bandera roja de la cruz de

Cristo y dice: “El corazón ha sido ganado, ganado para Cristo por fin.” Esto requiere un soldado bien entrenado – un maestro consumado en su arte. Después de muchos días de arremetidas, muchas semanas de espera, muchas horas de atacar por medio de la oración y de acosar por medio de los ruegos, cargar con la maldad de la depravación, ésta es la obra, ésta es la dificultad. Un necio no puede hacer esto. La obra de Dios tiene que hacer sabio al hombre para capturar de esta manera el alma humana, llevarla cautiva a su cautividad y abrir bien las puertas del corazón para que entre el Príncipe Emanuel. Esto es ganar un alma.

La palabra “ganar” se usaba comúnmente entre los antiguos *significando ganar en un match de lucha libre*. Cuando el griego quería ganarse los laureles, o la corona de hiedra, mucho antes se concentraba en entrenarse y, cuando por fin aparecía semidesnudo para el encuentro, en cuando empezaba sus primeros esfuerzos se notaba que había desarrollado cada músculo y cada nervio. Tenía un contrincante fuerte, y lo sabía y, por lo tanto, no escatimaba el uso de su energía. Mientras se libraba de la lucha, uno podía ver el ojo del hombre, cómo observaba cada movimiento, cada gesto de su antagonista y cómo su mano, su pie y todo su cuerpo intervenían en el encuentro. Temía una caída: esperaba hacer caer a su enemigo. Ahora bien, el verdadero ganador de almas muchas veces tiene que verse muy cerca con el diablo dentro de los hombres. Tiene que luchar con sus prejuicios, con su amor al pecado, con su incredulidad, con su orgullo y aun, de pronto, lidiar con la desesperación de ellos; un momento enfrenta su fariseísmo, en el próximo momento su incredulidad hacia Dios. Diez mil artimañas son usadas para impedir que el ganador de almas sea el vencedor en el encuentro, pero si Dios lo ha enviado nunca soltará al alma que busca hasta no acabar

con el poder del pecado y no haber ganado otra alma para Cristo.

Además, hay otro significado para la palabra “ganar” sobre el cual no puedo explayar aquí. Usamos la palabra, como ustedes saben, en un sentido más gentil que los que he mencionado: *cuando nos disponemos a tocar corazones*. Existen caminos secretos y misteriosos por medio de los cuales los que aman se ganan el objeto de su devoción, que son sabios para lograr el propósito. No puedo decirles cómo el amante se gana a la que ama, pero la experiencia probablemente ya se los haya enseñado. El arma de esta guerra no es siempre la misma, no obstante, donde se gana la victoria se hace patente la sabiduría de los medios. El arma del amor es a veces una mirada, o una palabra pronunciada con suavidad y escuchada con avidez; a veces es una lágrima; pero esto sé: que la mayoría de nosotros en algún momento hemos enlazado a otro corazón con una cadena que no le interesa romper, y que nos ha unido en una cautividad bendita que ha alegrado nuestra vida. Sí, y ese es ciertamente el modo como tenemos que ganar almas. Esa ilustración se acerca más al blanco que cualquiera de las otras. El amor es la verdadera manera de ganar almas, pues cuando hablé de atacar murallas, cuando hablé de lucha libre, hablaba meramente en metáforas, pero esto es lo real. Ganamos por amor. Ganamos a los corazones para Jesús por medio del amor, de nuestra compasión ante sus sufrimientos, de nuestra ansiedad porque no perezcan, por rogar a Dios por ellos con todo nuestro corazón a fin de que no mueran sin ser salvos, por rogarles a ellos en el nombre de Dios, por su propio bien, que busquen misericordia y encuentren gracia. Sí, señores, hay un atraer espiritual y un ganar corazones para el Señor Jesús; y si han de aprender ustedes cómo hacerlo, deben pedirle a Dios que les dé un corazón tierno y un

alma compasiva. Creo que gran parte del secreto para ganar almas radica en tener entrañas de compasión, en tener un espíritu que puede conmoverse ante las debilidades humanas. Labren un predicador de granito y, aunque le den la lengua de un ángel, no convertirá a nadie. Colóquenlo en el púlpito que más de moda esté, hagan que su elocución sea impecable y sus temas profundamente ortodoxos pero, mientras haya en él un corazón duro nunca podrá ganar un alma. Salvar un alma requiere un corazón que late ardientemente por el perdido. Requiere un alma llena de la leche de la bondad humana; éste es el *sine qua non* del éxito. Ésta es la cualidad natural principal de un ganador de almas quien, bajo Dios y bendecido por él, logrará maravillas.

No he consultado el texto hebreo, pero encuentro – como lo encontrarán ustedes en el margen de sus Biblias – que dice: “El que toma almas es sabio”, palabra que se refiere a la pesca o a la caza de pájaros. Cada domingo, cuando salgo de mi casa, veo al caminar, hombres con sus pequeñas jaulas y sus pájaros disecados procurando cazar a las pobrecillas currucas por todo el pueblo y en los campos. Saben el método de atraer y atrapar a sus pequeñas víctimas. El ganador de almas puede aprender de ellos. Tenemos que tener nuestro señuelo para las almas adaptado para atraer, fascinar, atrapar. Tenemos que salir con nuestro cebo, nuestros señuelos, nuestras redes, nuestras carnadas, a fin de poder cazar el alma de los hombres. Su enemigo es un ave que posee la astucia más vil e increíble; tenemos que burlarlo con la astucia de la honestidad, la sutileza de la gracia. Pero el arte se aprende sólo por la enseñanza divina, y en esto hemos de ser sabios y estar dispuestos a aprender. El hombre que pesca peces, tiene que también saber dominar el arte. Creo que es Washington Irving, quien nos cuenta de tres caballeros que habían leído en una obra de Izaak Walton

todo en cuanto a las delicias de la pesca. Entonces decidieron dedicarse a dicho pasatiempo y se convirtieron en discípulos de este arte. Fueron a Nueva York y adquirieron las mejores cañas y líneas que se pueden comprar, y encontraron la carnada exacta para el día o mes en particular, con el fin de que los peces picaran inmediatamente y fueran a parar prontamente a la canasta. Pescaron, y pescaron, y pescaron todo el santo día, pero la canasta seguía vacía. Ya se estaban disgustando con un deporte que no era nada deportivo, cuando un muchacho harapiento bajó por el faldeo, sin zapatos ni calcetines y los humilló al máximo. Tenía una pequeña rama cortada de un árbol, y un trozo de cuerda, y un alfiler doblado; le puso una lombriz, tiró la cuerda al agua y pronto se acercó un pez, como una aguja atraída por un imán. Y nuevamente tiró la cuerda y atrapó otro pez, y así siguió hasta llenar su canasta. Le preguntaron cómo lo había hecho. ¡Ah!, les dijo, no sabría explicárselos, pero resulta que bastante fácil cuando uno sabe cómo hacerlo.

Pescar almas es bastante parecido a eso. Algunos predicadores que tienen líneas de seda y cañas de calidad, predicán con mucha elocuencia y con suma dignidad, pero nunca ganan almas. No sé cómo sucede, pero llega otro hombre, con un lenguaje muy sencillo, pero con un corazón cálido y enseguida los hombres se convierten a Dios. Por cierto que debe haber una simpatía entre el pastor y las almas que quiere ganar. Dios otorga a los que hace ganadores de almas un amor natural por su obra y la capacidad para realizarla. Hay una simpatía entre los que han de ser bendecidos y los que serán el medio de bendición y, debido a esta simpatía, bajo Dios, las almas son tomadas; pero es tan claro como el medio día que para ser pescadores de hombres uno tiene que ser sabio. “El que gana almas es sabio.”



## II. Diciéndoles algunas maneras

Y ahora, hermanos y hermanas, para ustedes que realizan la obra de Dios semana tras semana, y que esperan ganar almas para Cristo, en segundo lugar ilustraré esto diciéndoles algunas maneras por las cuales han de ser ganadas las almas.

El predicador mismo gana almas, de un modo *mejor, cuando cree en la realidad de su obra, cuando cree en conversiones instantáneas*. ¿Cómo puede esperar que Dios haga lo que él no cree que Dios hará? Triunfa más el que espera conversiones cada vez que predica. Según su fe será hecho. Conformarse con no tener conversiones es la manera más segura de nunca tenerlas; apuntar con un solo intento enteramente a ganar almas es el método más seguro para ser útiles. Si suspiramos y lloremos hasta que los hombres sean salvos, salvos serán.

Triunfará más el que se mantiene *más cerca de la verdad sobre la salvación del alma*. Ahora bien, todas las verdades no llevan a la salvación de las almas, aunque todas las verdades son edificantes. El que se limita a la sencilla historia de la cruz, que les dice a los hombres una y otra vez que el que crea en Cristo no es condenado, que para ser salvo, no se necesita nada más que una confianza sencilla en el Redentor crucificado; aquel cuyo ministerio se compone de la gloriosa historia de la cruz, los padecimientos del Cordero moribundo, la misericordia de Dios, la disposición del Padre inmenso de recibir a los hijos pródigos que vuelven a él; el que clama, de hecho día tras día: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo,” será seguramente un ganador de almas, mucho anhelo de que los hombres se acerquen a Jesús y luego procura tanto en su vida privada como en su ministerio público contar otros del amor del querido Salvador por los hombres.

Pero no estoy hablando a los pastores, sino a ustedes sentados en las bancas y, por lo tanto, quiero dirigirme ahora a ustedes más directamente. Hermanos y hermanas, ustedes tienen diferentes dones. Espero que los usen todos. Quizá algunos de ustedes, aunque son miembros de la iglesia, creen que no tienen ninguno; pero cada creyente tiene su don y su porción de la obra. ¿Qué pueden hacer para ganar almas? Permítanme recomendar a los que creen que nada pueden hacer, que *traigan a otros a escuchar la palabra*. Éste es un deber muchas veces descuidado. No puedo pedirles que traigan a alguien aquí, pero muchos de ustedes concurren a otros lugares que quizá estén medio llenos. Llénenlos totalmente. NO se quejen de que la congregación es pequeña, sino que háganla más grande. Lleven a alguien al próximo sermón e, inmediatamente, la congregación incrementará. Concurran orando que el sermón de su pastor sea bendecido y, si no pueden ustedes mismos predicar, al llevar a otros a escuchar la palabra, estarán haciendo lo que es mejor. Esto es muy prosaico y una acotación sencilla, pero déjeme recalcarlos, porque es de gran valor práctico. Muchas iglesias y capillas que están casi vacías, pronto podrían tener grandes audiencias si los que se benefician de la palabra, le dieran a otros de los beneficios que han recibido y los indujeran a atender el mismo ministerio. Especialmente en este Londres nuestro, donde tantos no llegan a la casa de Dios – persuadan a sus vecinos a venir al lugar de adoración; cuídenlos; háganles sentir que no está bien que se queden en casa el domingo desde la mañana hasta la noche. No digo que los reprendan, eso logra poco; pero sí digo que los atraigan, que los persuadan. Denles a veces sus boletos para entrar en el Tabernáculo, por ejemplo, o quédense ustedes de pie en el pasillo y cédanles sus asientos. Consigan exponerlos a la palabra y,

¿quién sabe cuál puede ser el resultado? ¡Oh, qué bendición sería para ustedes saber que lo que no pudieron hacer por no poder hablar en nombre de Cristo, lo hizo su pastor, por el poder del Espíritu Santo, por medio de haber convencido a uno a acercarse al evangelio!

Luego de eso, ganadores de almas, *procuren hablar después del sermón con los extraños*. El predicador puede haber errado al blanco – ustedes no tienen por qué hacerlo también; o el predicador puede haber dado en el blanco, y ustedes pueden ayudar a que la impresión sea más profunda por medio de una palabra amable. Recuerdo varias personas que se hicieron miembros de la iglesia que adjudicaban su conversión al ministerio en el Salón de Música de Surrey, pero quienes manifiestan que no fue sólo eso, sino más bien otro factor contribuyó a ella. Recién llegaban del campo, y un buen hombre, lo conocía yo bien, creo que ahora está en el cielo, se encontró con dos de ellos en la puerta, les habló, les dijo que esperaba que hubieran disfrutado de lo que habían oído; escuchó la respuesta de ellos, les preguntó si volverían a la noche; les dijo que le gustaría que pasaran por su casa para tomar el té; lo hicieron, y les habló del Maestro. El domingo siguiente sucedió lo mismo y, por último, esos a quienes no les habían impresionado mucho los sermones, llegaron a oír con otros oídos y, con el tiempo, por medio de las palabras persuasivas del anciano y la obra llena de gracia del buen Señor, se convirtieron a Dios. Hay un excelente lugar de caza aquí y, de hecho, en cada congregación numerosa, para los que realmente quieren hacer el bien. Cuántos llegan a esta casa cada mañana y cada noche si la idea de recibir a Cristo. ¡Oh! si ustedes me ayudaran, ustedes que aman al Maestro, si todos me ayudaran hablando con sus prójimos sentados a su lado, ¡cuánto se podría lograr! Que nadie diga nunca: “Fui al Tabernáculo por tres meses, y

nadie me saludó”; más bien con la dulce familiaridad que debería siempre permitirse en la casa de Dios, busquen de todo corazón impactar a sus amigos con la verdad que yo sólo puedo poner en el oído, pero que Dios puede ayudarles a poner en el corazón.

Además, quiero instarles, queridos amigos, *a acercarse a conocidos y parientes*. Si no pueden predicar a cien, prediquen a uno. Acérquense al hombre a solas y, en amor, calladamente y en espíritu de oración, háblenle; “¡Uno!” dicen ustedes. Bueno, ¿acaso no basta con uno? Conozco su ambición, joven; usted quiere predicar aquí, a otros miles, conténtese y empiece con uno. Su maestro no se avergonzó de sentarse junto a un pozo y predicar a uno y, cuando había terminado su sermón, en realidad le había hecho bien a toda la ciudad de Samaria, porque esa mujer, siendo sólo una, fue una misionera a sus amigos. La timidez muchas veces nos impide ser útiles en este sentido, pero no debemos ceder a ella; no hemos de tolerar que Cristo sea desconocido por culpa de nuestro silencio y que los pecadores no reciban una advertencia por culpa de nuestra negligencia. Tenemos que prepararnos y capacitarnos para tratar personalmente con el inconverso. No debemos excusarnos, sino forzarnos a realizar la tarea difícil hasta que se hace fácil. Éste es uno de los modos más honorables de ganar almas, y requiere más que una dedicación y valentía común, por lo que, con más razón, hemos de resolver llegar a dominarlo. Amados, tenemos que ganar almas, no podemos vivir y ver condenados a los que debimos traer a Jesús. ¡Oh! entonces, arriba y a la acción, no dejen que nadie a su alrededor muera sin advertencia, sin lágrimas, sin interés en él. Un tratado en cosa útil, pero la palabra viviente es mejor. Su ojo, su rostro y voz serán de ayuda. No sean tan cobardes como para dar un trozo

de papel cuando su palabra hubiera sido mucho mejor. Les encomiendo atiendan esto, en nombre de Jesús.

*Algunos de ustedes podrían escribir cartas para su Señor y Maestro.* En el caso de amigos lejanos unas breves líneas cariñosas pueden influir grandemente para bien. Sean como los hombres de Isacar, que usaban la pluma. Nunca se usa mejor papel y tinta que cuando se usa para ganar almas. Mucho se ha logrado por este método. ¿No quisieran probar? Algunos de ustedes, por lo menos, si no pueden hablar o escribir mucho, *pueden vivir mucho.* Ésta es una magnífica manera de predicar, predicar con los pies, quiero decir predicar con su vida, su conducta y conversación. Esa esposa cariñosa que llora en secreto por un esposo infiel, pero que es siempre bondadosa con él; ese niño precioso con el corazón destrozado por las blasfemias de sus padre, pero que es mucho más obediente que antes de su conversión; el siervo a quien su amo maldice, pero a quien le puede confiar su bolsa y el oro que contiene y que todavía no contó; ese hombre que, en el mundo de los negocios es burlonamente tildado de presbiteriano pero que, a pesar de ellos, es derecho como una línea recta y nadie podría obligarlo a realizar una acción sucia, no, ni por todo el oro del mundo; estos son los hombres y las mujeres que predicar los mejores sermones, estos son sus predicadores prácticos. Denmos su vivir santo y, con sus vivir santo como palanca, moveremos el mundo. Bajo la bendición de Dios encontraremos lenguas, si podemos, pero necesitamos grandemente que la vida de cada miembro de nuestro pueblo sea una ilustración de lo que nuestras lenguas tienen que decir. El evangelio se parece a un papel ilustrado. Las palabras del predicador sin el texto escrito, pero los dibujos son los hombres y mujeres vivientes que conforman nuestras iglesias y, al igual que cuando alguien toma un periódico, muchas veces no lee

el texto, pero siempre mira las ilustraciones, en las iglesias los de afuera quizá no vengán para escuchar al predicador, pero siempre consideran, observan y critican la vida de los miembros. Entonces, si han de ser ustedes ganadores de almas, queridos hermanos y hermanas, asegúrense de que viven el evangelio. No tengo mayor gozo que éste, que el que mis hijos anden en la verdad.

Una cosa más, el ganador de almas *tiene que ser un perito en el arte de orar*. No pueden ustedes llevar almas a Dios si ustedes mismos no se acercan a Dios. Deben tomar su hacha de batalla, sus armas de guerra, del arsenal de la sagrada comunión con Cristo. Si están mucho a solas con Jesús, se apropiarán de su Espíritu; se encenderá en ustedes el fuego que ardía en su pecho y consumía su vida. Llorarán con las lágrimas como las que derramó sobre Jerusalén cuando vio que sucumbía y, si no pueden ustedes hablar tan elocuentemente como él, de igual manera tiene que haber en lo que dicen algo de aquel mismo poder que emocionaba los corazones y despertaba la conciencia de los hombres. Mis queridos oyentes, especialmente ustedes miembros de la iglesia, siempre me siento ansioso de que algunos de ustedes empiecen a dormirse, y tomen con ligereza la cuestión del reino de Dios. Hay algunos de ustedes – los bendigo y bendigo a Dios al pensar en ustedes – quienes a tiempo y fuera de tiempo se consagran a ganar almas, y son ustedes realmente sabios; pero me temo que hay otros cuyas manos están caídas, que están satisfechos con dejarme predicar, pero que ellos mismos no predicán; quienes toman estos asientos y ocupan estas bancas y esperan que todo marche bien, pero eso es todo lo que hacen. ¡Oh, déjenme ver a todos consagrados! Una gran hueste de cuatro mil miembros – pues ese es el recuento más exacto de nuestra congregación – ¡qué no podríamos hacer si todos estuviéramos vivos y todos

consagrados! Pero tal hueste, sin el espíritu de entusiasmo, se convierte en una mera turba, una masa desordenada, de la cual crece daño y no surge ningún resultado bueno. Si fueran todos ustedes antorchas para Cristo, podrían encender la nación. Si fueran ustedes pozos de agua viva, ¡cuántas almas se acercarían y serían refrescadas!

Una cosa más pueden ustedes hacer. Si algunos de ustedes sienten que no pueden hacer mucho personalmente, *siempre pueden ayudar al Colegio*, y es allí donde encontramos lengua para los mudo. Nuestros jóvenes son llamados por Dios para predicar, les brindamos un poco de educación y capacitación y luego allá se van a Australia, a Canadá, a las islas del mar, a Escocia, a Gales y a toda Inglaterra, predicando la Palabra; y, como sucede a menudo, y así debe ser, algunos de ustedes reciben consuelo al pensar de que aunque no hablan con su propia boca, como lo hubieran deseado, al menos han hablado a través de la boca de otros, de modo que por medio de ustedes la palabra de Dios ha sido anunciada a lo largo y ancho de esta región.

Amados, tengo una pregunta más que les haré y es ésta: Su propia alma, ¿ha sido ganada? a menos que así sea no podrán ganar a otros. ¿Son ustedes mismos salvos? Mis oyentes, cada uno de ustedes, allí, debajo de aquella galería y ustedes aquí atrás, ¿son ustedes mismos salvos? ¿Qué pasaría si esta noche tuvieran que contestar la pregunta a otro mayor que yo? ¿Qué pasaría si el dedo huesudo del último gran orador sería el que se levanta en vez del mío? ¿Qué pasaría si la elocuencia invencible convirtiera esos huesos en rocas, y cerrara esos ojos e hiciera que la sangre se helara en sus venas? ¿Podrían tener la esperanza que, en su último instante, serían salvos? Si no son salvos, ¿cómo será su eternidad? ¿Cuándo serán salvos si no ahora? ¿Habrà momento me-

jor que éste? La manera de ser salvos es sencillamente confiar en lo que el Hijo del hombre hizo cuando se encarnó y sufrió el castigo que le correspondía a todos los que en él confían. Cristo fue un sustituto para todo su pueblo. Su pueblo son todos los que confían en él. Si usted confía en él, él fue castigado por sus pecados y usted no puede ser castigado por ellos, porque Dios no puede castigar un pecado dos veces, primero en Cristo y luego en usted. Si confía en Jesús, quien ahora vive a la diestra de Dios, en este instante es perdonado y será salvo para siempre. ¡Oh, que confíe usted en él ahora! Quizá sea ahora o nunca para usted. Que sea ahora, sí ahora y, entonces, al haber confiado en Jesús, querido amigo, ya no tendrá que vacilar cuando surge la pregunta: “¿Es usted salvo?” porque puede responder: “Ah, sí lo soy, porque escrito está: ‘el que en él cree, no es condenado,’” Confíe, pues, en él, confíe en él ahora y, luego, que Dios le ayude a ser un ganador de almas, y será usted sabio, y Dios será glorificado.

